

EPPUR SI MUOVE



Tras el éxito de la multipremiada película *Hugo*, los autómatas, esas misteriosas creaciones de inventores que soñaban con un mundo de objetos que funcionaran por sí solos, volvieron a cosechar admiración y fanatismo. Una muestra triple en Suiza invita a recorrer ese arte que conjuga lo mejor de los sueños de la historia humana.

TEXTOS Y FOTOS POR SERGIO ZAGIER CON LA COLABORACIÓN DE CLAUDIA HERRERA

En 2012 una película mágica y hermosa se llevó cinco premios Oscar, entre sus 11 nominaciones. *Hugo* (en nuestro país, *La invención de Hugo Cabret*) relata el destino de un niño huérfano, hijo de un relojero en el París de los años 30; entrelazado ese relato con la historia de un pionero de la cinematografía fantástica, el mago del cine, Georges Méliès. El nexo entre ambos sucede a través del hallazgo de un olvidado autómatas, esa especie de robot primitivo, máquina con la que algunos maestros de la micromecánica –ni más ni menos que los grandes relojeros de los siglos XVIII y XIX– intentaron trascender su universo de la medición del tiempo a otros ámbitos más espectaculares.

En el siglo XX la electricidad y luego la electrónica tomaron el mando de la capacidad extrahumana de realizar tareas complejas –hoy el mundo es impensable sin el accionar “automático” de casi cualquier proceso–, pero hace dos o tres siglos algunos prodigios fueron imaginados y llevados a cabo sólo con las herramientas mecánicas de la época: engranajes, cuerdas, resortes y piezas por el estilo. ¿Qué es eso sino la materia prima de los creadores de relojes?

Esas maravillas de la mecánica, como el autómatas que el padre le había obsequiado a Hugo antes de morir, quedaron mayormente en el olvido dando paso al desarrollo de máquinas más utilitarias y menos románticas. De alguna manera, con cierta similitud a lo que ocurrió con los relojes clásicos luego del desembarco masivo de la relojería digital y de bajo costo en los 70. Por fortuna para quienes todavía se ven fascinados con esas complejas maquinillas del tamaño de una moneda, la relojería de alta gama no sucumbió sino que se hizo aún más exquisita, pasando de un mero artefacto para medir el paso de las horas a verdaderas joyas de una pureza superlativa.

Sin embargo, los autómatas mecánicos no siguieron el mismo camino que los relojes. Hoy en día poca gente tiene alguna idea de qué cosa significa un “autómatas”. Pero, ¿quiénes otros que los suizos podrían resucitarlos, no para que comprendamos sus principios y su funcionamiento, sino para que nos quedemos boquiabiertos al contemplar algunos de los pocos ejemplares todavía existentes? Rescatándolos de colecciones públicas y privadas, han montado una triple exposición simultánea en tres ciudades de la Meca relojera: La Chaux-de-Fonds, Le Locle y Neuchâtel. Un suceso singular y quizá irreplicable.



TRES MUSEOS, TRES
EXPOSICIONES,
TRES HUMANOIDES

La muestra *Automates & Merveilles* transcurre desde el 29 de abril hasta el 30 de septiembre de 2012. Las tres localidades donde se exhibe son cercanas entre sí y hacen posible la visita en un solo día, aunque es altamente recomendable dedicar por lo menos un día y medio para evitar una maratón. Adicionalmente, cada uno de los museos participantes exhibe otras colecciones que merecen conocerse, en especial el Museo Internacional de Relojería de La Chaux-de-Fonds, una cita imprescindible para el coleccionista o aficionado a la relojería.

Para sintetizar las particularidades de cada una de las tres muestras, se puede decir que la exposición de La Chaux-de-Fonds está dedicada a las maravillas mecánicas. Allí se exhibe en forma parecida al resto de la colección del museo, como un agregado de vitrinas y un pequeño auditorio donde en días prefijados se ponen en funcionamiento las piezas estrella. Por ejemplo, entre otras *La Musicienne* de Jaquet-Droz; una pieza moderna del brillante François Junod (responsable del autómatas que aparece en *Hugo*); y un mago de bronce que responde a preguntas prefijadas. Acompañados por Jean-Michel Piguet, conservador del museo, pudimos ver funcionar a los autómatas más llamativos.

El tema de la muestra del Museo de Relojería de Le Locle en el Château des Monts es la miniaturización y las

piezas de lujo, y se caracteriza por ocupar un palacete elegante que forma parte de la historia de la relojería suiza. Solamente visitar la residencia es ya una experiencia interesante, y si a eso le sumamos que contamos como guía con Phoebe Forsey, esposa del prestigioso relojero y creador de la manufactura Greubel Forsey, se dobla la apuesta. La pieza central de la exhibición es *Le Dessinateur*, el autómatas dibujante de Jaquet-Droz.

Finalmente, la muestra de Neuchâtel, dedicada a introducirnos en la vida de Pierre Jaquet-Droz, su hijo Henri-Louis y Jean-Frédéric Leschot, está montada en el Museo de Arte e Historia y su desarrollo es más didáctico que en las otras dos sedes, con criterio más museístico. Caroline Junier nos acompañó a lo largo de la exhibición con el entusiasmo propio de quien concibió la idea de esta triple muestra y la llevó adelante. Aquí la pieza maestra es el más famoso autómatas de Jaquet-Droz, *L'Ecrivain*. Es de mencionar que este museo de arte es el propietario de las tres grandes creaciones de Jaquet-Droz y cedió dos de ellas por el tiempo que dura la exposición para nivelar la importancia de las tres sedes.



MAESTROS CREADORES

Aunque François Junod deslumbra a todos con sus creaciones mecánicas, combinación de arte e ingenio, los Jaquet-Droz, esos genios del siglo XVIII, son la estrella de la muestra, justamente auspiciada por la compañía relojera que lleva ese nombre.

Pierre Jaquet-Droz –el gran creador–, su hijo Henri-Louis –el emprendedor– y su asistente Jean-Frédéric Leschot –el gran técnico–, se embarcaron en una aventura creativa y comercial que hizo época. Con sus prototipos mecánicos recorrieron salas de Europa maravillando a los espectadores, cualquiera fuese su alcurnia. Cuatro parecen haber sido sus creaciones maestras, entre ellas los tres humanoides exhibidos en la exposición. Una cuarta pieza, según puede leerse en crónicas de la época, consistió en una escena palaciega en miniatura con múltiples figuras en movimiento. Se desconoce el destino final de esta máquina.

Los tres autómatas con forma humana están capacitados para funciones distintas. *La Musicienne* es una dama sentada ante un órgano que toca realmente el instrumento. Sus dedos y sus expresiones, hasta el movimiento de los ojos y la respiración, están gobernados por artilugios mecánicos en su interior. El instrumento musical es real y responde a las teclas que oprime la señorita.

Le Dessinateur es un niño sentado ante un escritorio que dibuja con un lápiz delicados diseños prefijados. El autómatas del film *Hugo*, en cuya construcción para el cine intervino François Junod, también dibuja.

L'Ecrivain, el tercero y más conocido de los autómatas, obviamente, escribe. Así como en el caso del dibujante, es un niño con su interior repleto de relucientes piezas de bronce en forma de discos dentados, levas, frenos y demás.

Aunque estos androides deslumbran por sus habilidades y su aire algo macabro (Sigmund Freud eligió un cuento que trata sobre un autómatas como la obra más siniestra que leyó), el resto de las piezas que se exhiben terminan de completar la exposición. Hay aves plumeadas en jaulas de oro



que cantan y aletean, cajitas musicales esmaltadas con un lujo exquisito, muñecas que lloran, escenas rurales dentro de un reloj de bolsillo y otros prodigios imaginados hace más de dos siglos.

Quizá nunca antes ni después la fusión del arte y la técnica mecánica, la magia y el ingenio, llegaron a una comunión tan sublime. ♦

